

Experiencias adulteradas

Las tres fases de un camino construido sobre polvo químico

La edad de la curiosidad, del vivir al límite y al momento. Esta es la época que las personas eligen para empezar a explorar el superficialmente conocido mundo de las drogas. Todo comienza por esa necesidad de explorar, los que siguen acaban convirtiendo este hábito en su forma de vida, después, solo quedan dos salidas: dejarlo o perder todo lo demás. En cada una de estas tres fases, la visión sobre esta compañera de viaje varía según la influencia que vaya cogiendo sobre ti.

Ángela, estudiante de Humanidades de 20 años, probó el *speed* hará un año, y desde entonces ha repetido 2 veces más. “Con 14 o 15 años para mí la droga era un tabú, algo prohibido. Después de haberlo probado me ha abierto a pensar que realmente las drogas no son tan malas”. Compartió esta primera vez con su mejor amiga, ambas habían pensado que ese era el día en que tenían que cruzar la línea. “Íbamos con otra colega que tenía dos pollos. Con mi amiga lo habíamos rechazado muchas veces, pero ese día nos miramos y dijimos “esta vez sí”. Teníamos 19 años, estábamos lejos de casa, me podía permitir estar hecha una puta mierda al día siguiente”

Dicha sustancia fabricada a base de anfetaminas suele estar cortada con cafeína, talco, bicarbonato, azúcar etc. Junto a la cocaína, aunque menos adictiva que ésta, está considerada un estimulante mayor del sistema nervioso; es decir, produce hiperactividad y es la que más impide el sueño. En su caso, la experiencia le encantó “El *speed* te da muy buen rollo, estamos hablando de cualquier cosa y estamos de muy buen rollo”.

“No me da miedo engancharme. Me lo daría si viviera en un contexto donde todo el mundo lo hiciera. No sé si sería capaz de controlarlo entonces. Para mí lo más importante es el

ambiente, para salir de fiesta por mi ciudad no lo voy a hacer, pero para irme de rave o de festival, pues sí.” Y afirma rotundamente, “yo tenía claro que al *speed* no me iba a enganchar jamás”.

Esto es seguramente lo que Pau, de 21 años, debió pensar cuando empezó a consumir con 17 la misma droga que Andrea considera bajo control. Des de ese momento hasta hace, aproximadamente, 3 meses, el *speed* fue una de los aspectos más importantes de su vida, e incluso en alguna época, el que más.

“Cuando empecé con las drogas, para mí eran lo mejor que me había pasado. Me aportaban sensaciones que nada más me había aportado, sobre todo durante la época en la que se convirtió en mi rutina semanal: empalmábamos tres días y descansábamos dos”. Según la *Encuesta sobre consumo de sustancias psicoactivas en el ámbito laboral en España* del 2007-2008, publicada por el Plan Nacional sobre Drogas del gobierno, son los parados los que más consumen. Esto se explica por la necesidad de llenar un vacío utilitario de la propia existencia que la mayor parte de la población cubre con el trabajo o los estudios; los que no, muchas veces lo hacen a partir de las drogas.

“Empecé a consumir cada día porque estaba en paro. Me levantaba a las 8 e iba a buscar a un amigo que se encontraba en la misma situación que yo. A los dos nos gustaba. Nos poníamos a arreglar cosas mientras nos metíamos algunos tiros; subíamos a escuchar música y hacíamos algunos más. Por la tarde solía ponerme a fumar porros para poder dormir bien por la noche; si no, continuaba con el *speed*”. Esta visión de la vida le cambió, no obstante, en el momento en que conoció a su actual pareja.

“Cuando la conocí me hizo ver que había otra forma de ver las cosas y que no me hacía falta drogarme para sentir las”. Pero para entonces, haber decantado la balanza hacia los impulsos le había pasado factura; quería, pero no podía dejarlo. “Me di cuenta de que

estaba enganchado cuando empecé a hacer cosas en las que no me reconocía a mi mismo para drogarme. Engañé a mi novia durante todo un año; a mis padres, con los que tuvo muchos problemas; multas que llovían de todas partes. Empecé a ver que dependía de ello, y que todo lo demás no me importaba tanto”.

En ese punto de su vida lo dejaron con su novia. Una de esas multas llegó a manos de sus padres, y estos, decidieron que lo mejor era que se fuera de casa. “Mis padres no fueron el motivo de mi problema, pero cuando me tendrían que haber ayudado solo recibí broncas; nunca se sentaron a hablar conmigo”. Y, de pronto, todo lo que le había aportado tanto parecía no tener ningún sentido.

“Estaba enfadado. Pensaba una y otra vez: con lo bien que me lo he pasado con vosotras y ahora me hacéis esto. Estaba mal, no tenía nadie a mi lado, ella no estaba. Sólo, rodeado de buitres”. Fue en esos momentos, cuando vio lo que había perdido, en los que decidió que debía dejarlo definitivamente.

“Lo principal es tener ganas de dejarlo del todo; si piensas que será solo un día más nunca lo haces. No moverse en el mismo ambiente siempre aunque sin abandonar la gente que te importa; y, sobre todo, tener a alguien que te ayude y un motivo de peso, que en mi caso fue el volver con mi novia”. No obstante, una vez al final, no se arrepiente de haber empezado ese camino. “Son experiencias y la vida se nutre de experiencias. Si volviera atrás no haría determinadas cosas, pero volvería a probarlo”.

Ese motivo de peso varía en importancia y trascendencia según la adicción que se pueda tener. A la una de la madrugada de fiesta en un coche, Silvia, de 25 años y Marc de 20, los cuales (igual que los demás entrevistados) prefieren que no se sepa su nombre completo, hablan de sus motivos. Para ella, que estuvo 9 años enganchada a la cocaína, fue el nacimiento de su hija hará tres años; en el caso de él, que lleva tres años consumiendo lo

mismo, no lo ha encontrado aún, aunque llevaba un mes y medio sin hacerlo. No obstante, esa noche deciden hacerse dos rallas para cada uno.

España es el primer país Europeo en el que más cocaína se consume por habitante, por delante del Reino Unido e Italia, según el informe de la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes de este año. Es una de las drogas más adictivas y de más alto consumo entre los jóvenes de la que, en general, es mucho más difícil salir que de las anfetaminas. Además, su coste medio ronda entre los 60, 70€ el gramo; mientras que el del *speed* es de unos 20€; es decir, es una adicción cara que acaba llevándose todo el sueldo de la persona adicta.

Silvia explica que todo empezó como una curiosidad. “Yo lo probé por probar, por que era rebelde y me movía con gente que se metía coca, pero la cagué. Al principio te sienta muy bien, te da muchísimas ganas de hablar y sirve para evadirte de muchas cosas”. “La gente te lo dice” continúa Marc “se empieza por los porros hasta que llegas a un punto en el que ya no te afectan. Sales de fiesta, te ofrecen una ralla y lo pruebas, el próximo fin de semana ya vas a pillar tu; hasta que llega un punto en el que ya no lo puedes dejar”.

Ambos llegaron a esa situación de sentirse controlados por la cocaína. Ella llegó a gastarse 600.000 pesetas que cobró de un accidente de moto en esto; sin trabajo en ese momento y con una familia que a sus 17 años no se preocuparon de su horario, ni le prestaron nunca atención a su situación, ella pasaba todo el día en la calle drogándose. “La cocaína te cambia la personalidad. Cuando eres joven y debes empezar a madurar según tu propia vida, en esa situación, lo haces pendiente de la coca; y por eso después no eres quien habrías podido ser”.

El en que todo esto cambió fue cuando se dio cuenta de que se había quedado embarazada. “No me venía la regla y decidí hacerme el test de embarazo; esa misma noche me la había

pasado esnifando. Cuando salió positivo me sentí fatal". Ese fue el momento en el que decidió que su vida tenía que cambiar, aunque sabe que esos 9 años no se pueden borrar así como así, por eso acude a un psiquiatra. "Como mas de drogas, más secuelas tienes. Las mías son que me tengo que medicar para la ansiedad. No obstante, hay gente que está peor, que acaba con esquizofrenia y es incapaz de abrocharse una camisa".

Ambos coinciden en que la culpa recae principalmente sobre ellos y que no hay que ponerse excusas: "A veces llego a casa y lloro por haberlo vuelto a hacer, por ese sentimiento de culpabilidad", comenta Marc. No obstante, para en muchos casos es una válvula de escape momentánea. "Yo he nacido con unos padres mucho mayores que yo. Llevo trabajando des de los 15 años porque en mi casa faltaba dinero, y, a veces, llego a casa y mi padre me dice que ya no debería vivir allí; además, tengo mi hermano mayor que no me ha aceptado nunca por no querer ser igual que él.

La visión que podían tener de esa antigua compañera ha cambiado en rotundo con el paso del tiempo: "La droga es un vicio, te controla". Sea vicio, enfermedad o experiencia, la cuestión es que todos empiezan el camino en las mismas condiciones y con pensamientos muy similares; algunos vuelven atrás des de la salida, otros son capaces de recorrerlo entero y empezar uno no artificial; y, otros, se hunden en el polvo sin poder avanzar.